

El Holocausto y la dictadura

Los mecanismos asesinos del Estado

El juez Federal Daniel Rafecas, uno de los mayores especialistas en genocidios a cargo de la megacausa del Primer Cuerpo del Ejército, reflexiona sobre cómo se gestan las lógicas de montaje en cadena que conducen a crímenes masivos de lesa humanidad.

“Lo que comienza como algo acotado en destrucción y limitado en el tiempo puede convertirse rápidamente en un monstruo de crímenes masivos, ese mal tiene grados, pero es también un proceso, y puede moverse lentamente, sin dificultades, hacia un mal de mayores dimensiones”. El juez Daniel Rafecas eligió estas palabras del historiador inglés Martin Gilbert como epígrafe de su último libro, *La historia*

de la solución final (Siglo Veintiuno), donde indaga las distintas etapas que precedieron al exterminio de seis millones de judíos y de otras minorías. Sus inquietudes intelectuales, profesionales y académicas han girado en torno a la preocupación por los abusos del poder estatal antes de asumir la megacausa relacionada con el terrorismo de Estado en la última dictadura cívico-militar en la Argentina.

POR MARIANA LICEAGA

– **¿Cómo empezó su interés por abordar el exterminio?**

– Mi obsesión gira en torno a la maquinaria estatal puesta al servicio de los abusos, ese es mi eje. Una contemplación del siglo XX revela que los peores males de la humanidad han sido a partir de Estados terroristas. Lo que a mí me preocupa como hombre del Derecho es cuál es el mejor modo de sujetar ese poder que tienen de los Estados. Lo que Zaffaroni [Eugenio Raúl] denomina poder punitivo o el poder bélico del Estado. En el caso mexicano es un interrogante. ¿Qué rol cumple ahí el poder punitivo del Estado frente a lo que viene sucediendo? Las leyes pueden estar o no; el Estado nazi se convierte en abiertamente criminal después de la Noche de los Cristales Rotos y utiliza la maquinaria legal para pavimentar el camino. Pero no siempre ha sido así. En el caso argentino, al contrario, pasó todo el aparato bélico a la clandestinidad e hicieron todo prescindiendo de las leyes.

– **En su libro, que pone el foco sobre los pasos**





↑ Rafecas, autor de *Historia de la solución final*.

que precedieron a la solución final, aparece la cuestión sobre el rol de la máquina y la modernidad.

—Me parece que esa es una de las cuestiones centrales que movieron la preocupación en el último medio siglo de lo que fue la Shoá, de lo que fue Auschwitz. El empleo de los más complejos y adelantados artefactos de la modernidad puestos al servicio del mal absoluto, de la matanza a escala industrial de millones de personas. Me refiero a las cámaras de gas o los crematorios, una preocupación que ha movido todos los ámbitos de las Ciencias Sociales, no solamente desde el Derecho, que es desde donde abrego, sino desde la Filosofía, la Historia, la Sociología y la Psicología. Y a partir de esta mirada, hay una reivindicación o un rescate o un descubrimiento en Auschwitz de los presagios de muchos pensadores como Walter Benjamin y los integrantes de la Escuela de Frankfurt, en especial el libro *Dialéctica de la Ilustración* de [Theodor] Adorno, y [Max] Horkheimer.

—Y el presagio y la advertencia que trasuntaba el concepto de la “razón instrumental”.

—Sí, yo creo que ese concepto es el que en definitiva termina consumándose en Auschwitz. Todos los

artefactos que el hombre fue construyendo con una manufactura artesanal, con una escala local, eran productos en los cuales el artesano o el fabricante combinaban la técnica con la moral. Con la Revolución industrial, la lógica del capitalismo salvaje —eso de maximizar las ganancias y minimizar los costos— y la combinación de capitalismo e imperialismo confluyen en este concepto de la razón instrumental. Por primera vez en la historia, el hombre independiza la técnica de la moral; y entonces, la moral queda relegada y la técnica empieza a enfilarse hacia la destrucción masiva. Es el momento de la invención del explosivo TNT, de los bombardeos en la Primera Guerra Mundial, de las armas químicas, del gas sarín. Benjamin y Adorno vieron todo eso, hicieron una gran advertencia a la humanidad, pero Occidente no escuchó.

—Auschwitz termina siendo el paradigma de la deshumanización: el abandono de todo vestigio de moral que desemboca en las cámaras de gas y en los crematorios pero también en toda una burocracia que involucra a miles de actores que participaron de esa enorme maquinaria.



—En Auschwitz se puede pensar en distintos niveles o tipos de maquinaria. Por lo menos en dos. Está el nivel material de máquina, por ejemplo, las cámaras de gas o los hornos crematorios, que son instalaciones industriales donde están los máximos adelantos de la metalmecánica, de la ingeniería y de la química: son maquinarias desde el punto de vista material. Pero Auschwitz no se explica solamente por el empleo de las máquinas modernas utilizadas sino que se explica fundamentalmente por la utilización de la maquinaria burocrática a lo largo de toda Europa desde los Pirineos hasta el Volga y desde el norte de Noruega hasta la isla de Rodas. Es decir, es una máquina en el sentido figurativo; es una maquinaria compuesta por recursos humanos —que es el aparato que va a permitir la deportación de millones de personas a los campos de exterminio—. Y esa otra maquinaria que también es producto de la modernidad y que, justamente, consagra, garantiza y asegura la razón instrumental. Pero tanto la maquinaria industrial puesta al servicio de Auschwitz como la maquinaria de la burocracia que está detrás son dos artefactos culturales que funcionan con el mismo secreto, con la misma clave: logran separar la técnica de la moral, es decir, son dos maquinarias que

TANTO LA MAQUINARIA INDUSTRIAL
PUESTA AL SERVICIO DE AUSCHWITZ
COMO LA MAQUINARIA DE LA
BUROCRACIA QUE ESTÁ DETRÁS
FUNCIONAN CON EL MISMO
SECRETO: LOGRAN SEPARAR LA
TÉCNICA DE LA MORAL. PERMITEN
PONER UNA DISTANCIA ENTRE EL
AUTOR Y EL CRIMEN.

garantizan y aseguran la producción del resultado porque permiten poner una distancia considerable entre el autor y el crimen. El burócrata opera desde lejos. En el caso de Auschwitz, operaba desde Berlín, o estaba en Ámsterdam o en Viena o en Budapest y no se manchaba las manos de sangre.

—**Esto se relaciona con el concepto de la “banalidad del mal” de Hannah Arendt.**

—Respecto de ese concepto, Arendt dice que la segunda mitad del siglo XX es curiosa porque, a

diferencia de lo que fue la historia de la humanidad donde los malos eran sanguinarios y cortaban cabezas al estilo Atila, ahora los malvados usan la burocracia y las matanzas se convierten en matanzas administrativas. Hoy se manda a matar a través de formularios, de procesos, de rutinas. Las pilas de formularios equivalen a pilas de cadáveres. Y ahí está la cuestión: lo que logra la maquinaria burocrática es la alienación del burócrata respecto del producto final. Es decir, el burócrata está en un escritorio como este [Rafecas señala el propio en el edificio de Comodoro Py], pone música clásica, pone sellos, autoriza un presupuesto, firma órdenes, no se mancha de sangre ni percibe los gritos de horror o los sufrimientos. La maquinaria está diseñada de tal modo que su principal objetivo es aislar al burócrata de ese producto final. De modo que esa burocracia puede serle funcional para cualquier fin político. El burócrata cumple órdenes, cumple directivas, cumple roles; si no es él, va a ser otro. Son como piezas de un engranaje, y hay todo un esfuerzo del Estado moderno y del aparato burocrático por tranquilizar conciencias, por anestesiarse sentimientos, por racionalizar el mal, por justificarlo. Ahí está el secreto del aparato burocrático.



–En su libro señala que los discursos racionalizadores son fundamentales para el burócrata.

–Sí, ese discurso tiene que estar. El que comanda ese aparato desde la cúspide tiene que proveerle al burócrata los discursos tranquilizadores y justificantes de su conducta. Por ejemplo, esto se hace por el bien del país. No hay genocidio sin discursos del odio, es una constante. Los armenios eran extraños a la comunidad o enemigos internos; los judíos, lo mismo; acá en Argentina, también, se trató a las personas como a un enemigo subversivo definido desde los sesenta; en Ruanda, a los tutsi los calificaban directamente como cucarachas. En el genocidio camboyano los que no eran del régimen de Pol Pot eran demonizados por los medios masivos de comunicación. En parte esos discursos son esenciales para aceitar la maquinaria burocrática. El burócrata es un ser humano, tiene sentimientos de compasión, y eso es lo que la burocracia se propone neutralizar porque esos sentimientos están. La burocracia aísla al burócrata y le provee discursos racionalizadores, entre los cuales el primero que aparece es el judicial. Ahí aparece la funcionalidad del Derecho, la legalidad: si los crímenes o si la actividad está cubierta por un ropaje de legalidad, es perfecto para el



↑ Ilustración de un viajero francés sobre una tortura en la Inquisición

burócrata. Lo dice la Ley. Cabe como un traje para la lógica del funcionamiento de la burocracia. Por ejemplo, Hitler elabora su programa T4 [con el que ordenó matar a setenta mil personas con discapacidades] y justifica su plan con la obra del gran jurista Karl Binding cuando trató el tema de la eutanasia en los casos de vidas que no merecían ser vividas. Hitler se apropia de ese concepto y lo acomoda para que le sea funcional a la puesta de la burocracia al servicio del mal. Y ahí es donde aparece el rol del Derecho como responsable de proveer recursos para los discursos que aceitan el funcionamiento eficiente de la máquina burocrática. Por eso hay que tener cuidado porque las condiciones están dadas, y siempre puede suceder.

–¿Podría trazar algún puente o conexión con los cuarenta y tres de Ayotzinapa?

–En lo de México no soy un experto. Es es un tema tan complejo que habría que ir unos años y ver. Pero a mí lo que me asombra de México y que uno lo ve con espanto es que se da desde el gobierno de Calderón que ya lleva por lo menos una década en el poder. En este caso es más difícil identificar vasos comunicantes, como puede ser el genocidio armenio

NUESTRAS SOCIEDADES
FORMATEAN A LOS CIUDADANOS
EN LA LÓGICA DE QUE EL
PROGRESO CIVILIZATORIO
ES BUENO. SIN EMBARGO, LA
MODERNIDAD LLEGÓ A LOS
TRENES, A LAS VACUNAS Y A LAS
COMPUTADORAS, PERO TAMBIÉN
LLEGÓ A AUSCHWITZ O A LOS
VUELOS DE LA MUERTE.

que fue claramente una influencia para lo que vino después y, al mismo tiempo, una inspiración para lo que fue la represión en Argelia o la dictadura en la Argentina y Chile. Se podría escribir un libro sobre esos vasos comunicantes. En México hay un sistema democrático que, desde hace un siglo, rige el destino de ese país; no tenés un ejército o Fuerzas Armadas que sean un factor político de peso. Las Fuerzas Armadas no parecen disputarle poder al gobierno, siempre están cuando se las llama, tienen poder de acuerdo a las políticas de cada gobierno, o sea, es

un país que tiene tradición democrática y es un país que ha recibido exiliados de la Argentina durante la última dictadura. Pero estos eventos que miramos con espanto se desarrollan en un Estado democrático. Evidentemente, el factor distorsivo es el narcotráfico, como lo describe Pilar Calveiro –la narcomáquina–, la devastadora influencia del poder y del dinero que llegó para quedarse en ese país, preguntándose también, por supuesto, por la prohibición. La solución sería la legalización: teniendo en cuenta la escala de las matanzas es prácticamente imposible suponer qué sería peor. Honestamente, me cuesta mucho trazar puentes con el caso de genocidios, crímenes de lesa humanidad, crímenes masivos. No me parece que sea fácil enlazar los crímenes del siglo XX con lo que está pasando en México.

–Pero sí se puede enlazar con la condición humana.

–Sí, a eso iba. La única cuestión que orbita alrededor de esta tradición es que hay un denominador común entre todos estos crímenes masivos y el caso mexicano, que no tiene que ver con los autores, que no tiene que ver con los móviles ni con el modelo que está operando. Pero sí tenemos una vinculación en





↑ Enero de 1945. Sobrevivientes de Auschwitz

definitiva como una especie de producto cultural del último medio siglo que se vincula con esta tradición de crímenes masivos que es la nula significación o significancia de la vida humana. Esta es la cuestión en la que sí encontramos un puente. Y no lo digo co-

mo una certeza pasajera. Evidentemente en México hay una construcción cultural absolutamente negativa y contraria a un régimen democrático que refuta en ese país o pone en cuestionamiento la democracia porque no hay democracia sin una certeza cultural

del valor vida. Es incompatible. En un Estado democrático, ¿cuál es el valor supremo? La vida, sin discusión. En los Estados autoritarios no lo es: es una clase social, es el poder obrero, es la superioridad de una raza, es la preservación de la elite. En el Estado democrático es la vida. En México es prácticamente indiscutible que la vida no tiene ese lugar. Y esto, reitero, esa cuestión de quitarle todo valor a la vida humana, emparenta el caso mexicano con los crímenes masivos. Ese es un puente.

—¿Qué le pasó cuando indagó el tema del Holocausto para su libro?

—La educación formal que uno recibe en Occidente es una formación que, por lo general, es tranquilizadora. Mi generación está formateada en la lógica de que el progreso es bueno y que la modernidad, también y que vamos hacia la perfección. Uno puede vivir con las pastillas del mundo feliz de Matrix o abrir los ojos al mundo y ver el funcionamiento real. Nuestras sociedades formatean a sus ciudadanos en ese mundo feliz, en la lógica de que el progreso civilizatorio, el avance y la modernidad son buenos. Ahora, cuando uno empieza a indagar a partir de episodios como Auschwitz, vienen las



malas noticias. La modernidad y el progreso civilizatorio llegaron a los trenes, a las vacunas y a las computadoras, pero también llegó a Auschwitz o a los vuelos de la muerte.

–Y ahora, a las guerras tecnológicas.

–Sí, y a la deforestación y al desastre medioambiental. Pero yo tuve que hacer ese camino para abrir los ojos ya de abogado, por mi cuenta, indagando en soledad. Y no hay mucho público queriendo saber esto, la mayoría de las personas quiere seguir en el mundo feliz, porque la propia dinámica capitalista necesita consumidores ciegos que no pongan en cuestionamiento el funcionamiento de la maquinaria.

–¿Y qué piensa como alternativa?

–Bueno, si los ciudadanos fuéramos conscientes de la destrucción del planeta, del consumo masivo, de cómo nos guían sobre qué hacer o no hacer, creo que viviríamos en un mundo más justo. Como por ejemplo, si consumiéramos productos que no vengan de la explotación. Lo otro es la concientización ciudadana de defender la democracia y las luchas por la violencia estructural: los modelos económicos donde el uno por ciento de la población concentra

todo el PBI y el resto es pobre, vive en la miseria.

Yo empecé con esto en el año 2000. Para mí fue muy esclarecedor, muy fructífero. Mi acercamiento al tema del nazismo me sirvió para enriquecer el caso argentino, para encontrar esos puentes y, también, para ver las diferencias especialmente en el parentesco que tienen los campos de concentración con los centros clandestinos. Hay un punto fuerte que es la deshumanización de los cautivos y, por lo tanto, esto enriqueció mucho el análisis que pude hacer como juez. Al mismo tiempo, el trabajo en el juzgado de esa causa también me sirvió para enriquecer Auschwitz y pude armar secuencias y ver cómo las maquinarias se fueron perfeccionando a medida que iban pasando las décadas por ensayo y error. Cuando en el caso argentino se decide pasar a la clandestinidad, el aparato bélico lo hizo pensando en experiencias previas donde todos fueron juzgados, no solamente los militares que participaban sino civiles, como en los juicios de Nuremberg, porque los crímenes se cometían a la vista de todos y a través de leyes. El régimen argentino aprende de esa experiencia y pone todo en la clandestinidad: el Estado, los ministros y los jueces dijeron: “Nosotros no sabemos nada”. Hay

una evolución en las prácticas represivas en los Estados autoritarios que también es interesante. Ellos [los nazis] creían que iba a ganar la guerra y cuando la cuestión se pone complicada, construyen los campos. La idea original era negar todo, decir que los judíos se habían ido a Palestina.

–¿Cómo ve hoy el proceso de separación entre técnica y moral?

–La razón instrumental es una consecuencia de las Luces, del Iluminismo y de la razón, cuando se corre a dios y se pone al hombre en el centro de la escena. La técnica comienza a desplegarse, comienza por la máquina de vapor, el ferrocarril en Inglaterra, comienza la Revolución industrial y a partir de ese momento, la búsqueda de la maximización de las ganancias y la minimización de los costos va a generar una ralentización de la moral y una deificación de la técnica. Ese camino está claramente marcado a lo largo del siglo XX con las prácticas de las corporaciones, de las grandes empresas, de las compañías que van a explotar América del Sur, África, Asia, Oceanía, van a masacrar a miles de personas para explotar el caucho y las minas. Y todo esto en nombre de la civilización, de las Luces.



Y eso desemboca en la bomba atómica, en las armas de destrucción masiva.

–Entonces el estado de cosas es invariable.

–No hay mucho margen para la esperanza. Yo no reflexiono si hay o no esperanza. No hay alternativa, hay que seguir para adelante, abrir los ojos y formar operadores para que los mantengan abiertos a estas cuestiones. Yo doy un curso sobre este libro en la facultad. Intento abrir los ojos a nivel de los alumnos. Una de las enseñanzas que me dejó la investigación para el libro es que hoy sabemos que a partir de determinadas etapas, el camino que desemboca en un crimen masivo siempre es el mismo. Y entonces si aprendemos a detectar las primeras etapas y las neutralizamos, vamos a hacer mucho para que ese curso causal no desemboque en un nuevo Auschwitz o en una ESMA. Teniendo alertas tempranas sobre estos primeros pasos podemos frustrar el camino.

–¿Y ya les abre los ojos a sus hijas con conversaciones sobre estos temas?

–Mis hijas tienen doce y siete años y, en la medida de lo posible, les hablo. Es difícil abrirles los ojos a los chicos, no alcanza con hablar del tema en una clase.

UNA DE LAS ENSEÑANZAS QUE ME DEJÓ LA INVESTIGACIÓN PARA EL LIBRO ES QUE HOY SABEMOS QUE EL CAMINO QUE DESEMBOCA EN UN CRIMEN MASIVO ES SIEMPRE EL MISMO. TENIENDO ALERTAS TEMPRANAS SOBRE LOS PRIMEROS PASOS PODREMOS FRUSTRAR UN NUEVO GENOCIDIO.

Mi experiencia en esta cuestión de abrir los ojos en una charla es como ver una película, los puede conmover pero no pasás de la superficie. Es raro que abran los ojos después de una sola vez, tenés que tenerlos más tiempo, por lo menos tres, cuatro, cinco reuniones, obligarlos a leer el material y que tengan una evaluación. Pienso que hay que abrir los ojos en los estudiantes universitarios o en los últimos años de secundaria. No soy optimista de trabajar estos temas antes de que tengan quince o dieciséis. Uno puede ir preparando el terreno, mis hijas ya saben

por ejemplo qué fue el Holocausto. A la mayor le compré la película *La ladrona de libros*, pero no la vio todavía, no la quiere ver. Está bueno que se vayan predisponiendo, que sepan que no vivimos en un mundo perfecto, que pasan cosas malas, pero creo que el trabajo fuerte es entre los 16 y los 21 años, y no a través de una conferencia. La clave es introducir estos temas en las currículas [diseños] formales, en la secundaria, en las Ciencias Sociales y si se puede, también, en las ciencias duras. Que participen en todas. Si hay algo que aprendí al dar clases, es que todos somos hijos del rigor. A los chicos hay que esforzarlos a entrar a este tema, en la Shoá, en el terrorismo de Estado, en la razón instrumental, en lo que es verdaderamente la modernidad. El noventa por ciento, si pueden esquivarlo, lo van a esquivar. Porque están en las redes sociales, en Internet, en el fútbol: hay montones de cosas que compiten. La única manera es obligarlos: vos querés ser abogado, o contador o lo que sea, estudiá esta materia. Y tiene que ser con evaluación y si no pasás el examen, no aprobás. Ahora, cuando el chico o la chica están resignados a tener que hacerlo arrancan con desgano y después se enganchan, se conmueven, se sensibilizan y se entusiasman. 🌀